

» Filosofía: Ese viejo niño desnudo**

*La palabra filosófica no captura al deseo;
por el contrario, su dueño es ese viejo niño desnudo.*
J.-F. Lyotard, 2012

La filosofía tiene muchas infancias e infantes. Algunas filosofías, incluso, se piensan a sí mismas como infancia. Es el caso, por ejemplo, de la deconstrucción. H. Cixous y J. Derrida (2019) lo dicen de muchas formas y con diversos sentidos durante un seminario con psicoanalistas. Uno de ellos la considera un dispositivo de reducción de la palabra para no poder hablar tan cómoda e impunemente, para problematizar las palabras y el modo en que, a partir de ellas, abandonamos las contradicciones e imposibilidades, tan propias del universo infantil.

Además de ser ella misma infantil, la deconstrucción –en tanto dispositivo para deshacer los problemas y mostrar cómo un campo problemático se constituye como tal– sería un camino que llevaría a la infancia; de este modo, la infancia sería el destino de la deconstrucción.

Existe también un segundo sentido. En su crítica al logocentrismo, la deconstrucción es infantil al afirmar una no palabra, la suspensión de toda palabra, un mundo pre o alingüístico: un niño sin palabras. Un niño también sin origen.

Derrida (Cixous y Derrida, 2019) afirma que la escritura creativa es profundamente infantil, en el sentido que supone un compromiso corporal que no renuncia a ningún placer y a ningún significado, expre-

sando así una perversión polimorfa. Como si la escritura creativa fuera la expresión de un deseo ilimitado de poder experimentar el placer de escribir cualquier cosa. “Los escritores creativos –dice Derrida en intercambio con Cixous– están en estado de infancia” (p. 152). Nos sentimos tocados por la afirmación y deseamos infantilmente –es decir, perversa y polifónicamente– que este texto sea leído por lectores en estado de infancia (o que los lleve y las lleve hasta la infancia).

En ese intercambio, H. Cixous sonríe cuando Derrida habla. Y comenta sobre las ambigüedades y potencias que supone la posibilidad de inventar y crear. La deconstrucción es infantil en el sentido de ser anterior al lenguaje; por lo tanto, en ella dos cosas contrarias pueden existir al mismo tiempo. Podemos creer y no creer que algo es posible o imposible, necesario o inocuo. Como la infancia, también la deconstrucción es ese mundo salvaje, rico y peligroso en el que no necesitamos renunciar a la contradicción y a lo imposible. Como muestra performática de esas contradicciones, Cixous (Cixous y Derrida, 2019) también afirma que la deconstrucción “ilumina [?] al niño eterno que somos” (p. 155).

Otro filósofo contemporáneo y también francés, J. F. Lyotard (1986/2005), sugiere

que la filosofía y la infancia van de la mano, puesto que la filosofía no es otra cosa que la infancia del pensamiento, es decir, esa infinita potencia de recomienzo del pensamiento que instaura la pregunta, lo cual muestra que, en última instancia, cuando pensamos estamos siempre en el comienzo. Para decirlo con otras palabras: pensar de verdad, pensarse a sí mismo, hacer de la filosofía un ejercicio de ponerse a sí mismo en cuestión exige ir hasta la más recóndita infancia del pensamiento, volver a pensar todo de nuevo, como si nunca hubiéramos pensado, como si estuviéramos pensando, cada vez, por primera vez. Ello lleva a quien habita la filosofía a pensar desde el inicio, desde el inicio más temprano posible. Así, la infancia es casi una condición de la filosofía.

La filosofía y la infancia mantienen una misma relación con lo posible: cuando se entra en la filosofía, se lee en la fachada: “Todo puede ser de otra manera”. Siempre.

Si no fuera así, no habría nada para pensar. Toda vez que alguien afirma “Esto no puede ser pensado”, se hiere a la filosofía. Finalmente y más cercano aun a este ejercicio, la infancia es la marca de la propia escritura en filosofía, que se anticipa al escribir, que se escribe antes de saber, para saber. Una escritura, la filosófica, que –afirma Lyotard (1986/2005)– es como un niño prematuro e inconsistente. De modo que, aunque las pretensiones e imposturas de algunos filósofos nieguen o desprecien la dimensión infantil, la filosofía –desde estas perspectivas– no solo nunca abandona su condición infantil, sino que, si lo hiciera, correría el riesgo de ser abandonada. Casi como cuando Sócrates nos alerta sobre el peligro de que, ante el riesgo de su propia muerte, la filosofía que está naciendo se abandone y se olvide de sí misma.

Un infante de una filosofía infantil

Sócrates, infante, filósofo, el primero de una tradición de la filosofía. Infante cronológico, por lo tanto, que hace nacer una filosofía entre la vida y la muerte, porque la tradición que llegó después se interesó mucho por la vida de Sócrates, pero no menos

por su muerte. Claro, Sócrates tuvo la suerte de que un Platón lo escribiera. El texto en el que Sócrates se defiende de las acusaciones de corromper a los jóvenes e introducir nuevos dioses es casi una carta de presentación de la filosofía. Una apología de sí, de Sócrates y de la propia filosofía.

En esa defensa, desde el principio, Sócrates se ubica del lado de la verdad y pone a sus acusadores del lado de la retórica. Y dice que, por sentirse un extranjero en los tribunales –hablando en ellos por primera vez a sus setenta años–, expresará su discurso en la lengua de su infancia. Frente al riesgo de muerte, la filosofía recuerda y llama a la infancia. Pide su ayuda, necesita de su verdad.

Sócrates es una figura infantil en varios sentidos. Sus rasgos, aun en un testimonio como el de Platón, son contradictorios, imposibles, exagerados, propios de un niño, es decir, de alguien perverso y polimorfo. Veamos cómo lo describen, él o sus interlocutores, en los *Diálogos*: extranjero, intratable, preguntador, incómodo, sin lugar, el más sin lugar (*atopóstatos*) de todos en la única ciudad en que podía vivir, Atenas, la misma en la que nació.

El mismo J. Derrida (Derrida y Dufourmantelle, 1997) presenta en un diálogo sobre la hospitalidad ese recuerdo de Sócrates al comienzo de su defensa, esforzándose en marcar su no-lugar, extranjero ante la palabra omnipresente en los tribunales. Con setenta años, sintiendo la proximidad de la muerte, solo puede hablar la lengua con la que fue educado, su lengua infantil. Sócrates, que identifica las acusaciones contra él como acusaciones contra la filosofía, solo puede hablar la lengua de su infancia. Improvisando, inventando, solo sabiendo de su no saber, al modo infantil, se aferra a la filosofía frente a la inminencia de la muerte.

La forma con la cual Sócrates responde a las acusaciones muestra otras máscaras de su rostro infantil. Juega con sus acusadores: lo acusan de irreligioso y él cuenta una historia en la que el dios más importante de Atenas, Apolo, afirma que no hay nadie más sabio que él en la ciudad. Es todo infantil, contradictorio e imposible. ¿Cómo

* Profesor titular de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

** Este texto tiene como base un texto anterior publicado como “Visões de filosofia: Infância” (Kohan, 2015).

→
Subliminal, 2020
 Christian Boltanski
 4-channel video installation,
 sound, continuous loop
 Dimensions variable
 Installation view Galerie
 Marian Goodman, Paris
 Courtesy: Christian Boltanski
 Studio and Marian Goodman
 Gallery
 ©Christian Boltanski,
 Licensed by ADAGP
 Photo credit: Rebecca Fanuele



podría el dios supremo decir que el sabio es aquel que no sabe nada? Tan solo puede tratarse de un juego de niños.

En el mundo infantil de la filosofía, o en el mundo filosófico de la infancia, el más sabio no sabe; no sabe otro saber más que el saber de querer siempre saber, saberlo todo, sin límites, cuestionarlo todo, sin condiciones. El gesto de Sócrates es infantilmente impresionante: nada es tan solo lo que parece ser, todo puede ser de otra manera, incluso de la forma contraria a la que es. La ignorancia sabe, el saber ignora; el ignorante sabe, el sabio ignora.

De este modo, nace con Sócrates la filosofía como una infancia insaciable, contradictoria, imposible. No podría ser de otra manera. Frágil y potente, abierta y provocadora, extranjera y hostil, la filosofía nace como una infancia insoportable para el estado de cosas instituido.

La segunda acusación (“corromper a los jóvenes”) es aun más difícil de refutar.

Sócrates evidentemente altera la relación al saber de los que conversan con él, sin importar su edad. Los acusadores tienen razón: Sócrates quiere compartir lo que sabe, su deseo de todo saber. Otra muestra de lo infantil. Por ello conversa con otros, y en especial con los más jóvenes. Si ya el suyo propio es insoportable, su saber se torna infinitamente más insoportable al contagiar a otros. Después de conversar con Sócrates, son muchos los que se vuelven insoportables. El juicio tan solo puede encontrar culpable la infancia. Hay que extirpar la filosofía de la *polis*, hay que adormecer la infancia del pensamiento.

Derrida sugiere otros lugares en los que Sócrates se muestra como un extranjero en la *polis*: en *Critón* –o *Del deber* (Platón, trad. en 2019)–, por ejemplo, ante las leyes. Está todo arreglado como para que Sócrates se pueda escapar tranquilamente en la madrugada. Sus amigos le ofrecen todo tipo de respaldo y argumentos: morir es desa-

tender a los hijos, dar razón a los enemigos, dar vida a los que combaten la filosofía... Sócrates, como siempre, invierte las cosas. La vida está en su muerte, en esa forma de morir tiernamente, infantilmente, con amigos, justicia y verdad. La muerte está en la vida de los que olvidan la vida para postergarla a cualquier precio.

En *Fedro* (Platón, trad. en 2011), ante el tribunal (Derrida, 1968/2000), Sócrates discute acerca de las condiciones de extranjería de la filosofía, entre ellas, la de disponer de “tiempo libre” (*scholé*), escuela, tiempo de verdad que se pueda perder, liberado de las exigencias de los que quieren someter la vivencia del tiempo a las otras cosas que no son el propio ejercicio de pensar juntos.

La asociación entre infancia y filosofía aparece también en *Giorgias* (Platón, trad. en 2016), en la que *Sócrates recibe de Cálicles* una crítica a la filosofía por su inutilidad y peligrosidad. La infancia es percibida como algo menor, incompleto e impotente,

y su asociación con la filosofía le sirve para mostrar las flaquezas de una y otra. Cálicles critica a Sócrates y lo acusa de actuar como un niño. Es tiempo de crecer, argumenta, de distanciarse de la filosofía para dedicarse a cuestiones más importantes (484 c). La filosofía –sostiene Cálicles– corrompe a los hombres cuando estos se quedan demasiado tiempo en ella y los termina por volver inexpertos (*ápeiron*) y ridículos para lo más importante: la vida pública, política, en la *polis* (484 c-d). De tal modo, los filósofos se comportan como niños. Y agrega que el filósofo es tan ridículo e infantil en los asuntos públicos como los políticos en las discusiones filosóficas.

Para Cálicles es bonito dedicarse a la filosofía en la medida en que sirve a la educación (*paideia*). La raíz de esa palabra está relacionada con la palabra *país*, que significa “niño”. Cálicles no aprecia a los niños, así como tampoco la educación o la filosofía. Todas ellas forman parte de un mundo in-

ferior, anterior al mundo real de la política. La filosofía puede acompañar la vida humana durante la fase del juego (*paízon*), justamente porque es el momento de perder el tiempo, del tiempo sin importancia. Pero aquel que se dedica a la filosofía en la vida adulta se vuelve un hombre despreciable (un antihombre, *an-adroï*), principalmente porque no ocupa un lugar público (en el *ágora*) en el centro de la ciudad, lugar de realización de la ciudadanía.

Cálicles tiene razón. Entendida a la Sócrates –con formas infantiles y extranjeras de expresarse en una comunidad–, la filosofía es completamente atópica: desea saber de todo, procura desconocer todas las cosas, cuestionarlas, desaprender lo que sabemos, afirmar el valor del no saber, del buscar responder con todas sus fuerzas cuestiones que no pueden ser respondidas. Es perversa y polimorfa, y por ello insoponible para los que legislan un estado de cosas. Establece una relación perturbadora con los conocimientos consagrados. La filosofía socrática es demasiado infantil, insoponible para todo especialista en legislar la vida.

Esta es la paradoja de Sócrates, del *phármakon* (droga, remedio, veneno) filosófico que inventa. Sócrates –la filosofía, la infancia– no tienen lugar en la *polis*, él no sabe hablar su lengua, esa lengua que es lo que la *polis* más necesita y, a la vez, lo que no puede tolerar... Esa lengua que dice al modo infantil lo que la *polis* no puede, no quiere escuchar: lo que la cuestiona, la interpela, le recuerda lo que quisiera haber dejado atrás y no quiere recordar.

Sócrates es un filósofo infantil, un amigo de la infancia, una figura infantil. Inventa la filosofía en forma infantil, como un estilo de vivir preguntando, cuestionando, incomodando, hablando una lengua extraña, extranjera, inhabitable... Vive la filosofía y vive la infancia.

Infantia

En el texto de J.-F. Lyotard, la infancia aparece en formas variadas. Por ejemplo, uno de sus libros más emblemáticos –*Le postmoderne expliqué aux enfants* (1986/2005)– está conformado por cartas escritas para los niños y termina con un “Memorial a propósito del curso filosófico”, en el que describe la filosofía como una autodidáctica, una práctica de recomenzar cada vez en el pensamiento. He aquí las últimas tres líneas del libro:

El pensamiento tiene quizás más infancia disponible entre los treinta y cinco años que entre los dieciocho, y fuera del curso de los estudios más que dentro. Nueva tarea del pensamiento didáctico: buscar su infancia en cualquier parte, incluso fuera de la infancia¹. (p. 122)

He aquí dos sentidos para infancia. Uno de ellos, como comienzo, interrupción, extranjería del pensamiento; el otro, como etapa cronológica. La infancia como comienzo puede estar dentro o fuera de la infancia como cronología primera de una vida. Es posible habitar la infancia mucho más allá de una etapa cronológica de la vida.

En otros trabajos, Lyotard se ocupó de pensar más detalladamente la infancia no cronológica². Entre los múltiples sentidos que le ha dado a la infancia, presento uno: la *infantia* como la diferencia entre lo que puede y no puede ser dicho, lo indecible, algo perdido que habita, imperceptiblemente, lo decible, como su sombra, su recordatorio, un no dicho que trabaja como condición para que algo con sentido pueda ser dicho.

En ese aspecto, la *infantia* –como condición latente que está por detrás de cada palabra pronunciada por todo ser humano– es una de las dos formas de lo inhumano (Lyotard, 1988/1991). Por un lado está lo inhumano del sistema, llamado de *desarrollo, competitividad, democracia representativa, mercado, mundo libre*; por otro, lo inhumano

que cada alma humana carga consigo por el hecho de haber nacido de una indeterminación forzada a abandonarse, a determinarse sin poder hacer nada para evitarlo. La segunda forma de lo inhumano es ese pasaje del no ser al ser, del cual todos nacemos y que nadie elige. Somos forzados a nacer, a ningún ser humano se le preguntó si quería venir al mundo.

Esas dos formas de lo inhumano se oponen la una a la otra. Veamos, por ejemplo, en relación con el tiempo. La primera impone la necesidad de correr detrás del tiempo, de hacer de él un buen uso, de volverlo productivo. Ser eficiente, eficaz en la forma de recorrer esa línea extensa, sucesiva, consecutiva, irreversible de movimientos cronológicos que constituye su imagen preferida del tiempo. La segunda no corre detrás del tiempo, deja que el tiempo se pierda en recorridos no lineales, más polimorfos, intensos, repetitivos en forma compleja o aun distraída, en busca del tiempo perdido, especialmente de aquel tiempo remoto de la indeterminación abandonada en un movimiento en el que el pasado no siempre antecede al presente y el futuro puede no sucederlo. Es casi aquel tiempo libre del que Sócrates afirma en *Fedro* (Platón, trad. en 2011) que es una condición para filosofar. El tiempo de jugar de un niño. El tiempo circular del eterno retorno, de los ciclos, como el tiempo de los aimaras; de un pasado que está frente a nosotros porque se puede ver y de un futuro que está por detrás porque es desconocido.

De la economía se abre un camino a la política. Si la primera forma de lo inhumano busca imponer el capital como única alternativa triunfante y hegemónica, Lyotard (1988/1991) considera que la política solo puede ser la resistencia a esa forma capitalista de lo inhumano, en nombre de la memoria de otra forma olvidada de lo inhumano, la de un alma que constantemente recuerda la deuda con lo inhumano de lo cual nació. En sus palabras:

¿Qué más queda de “político” que no sea la resistencia a este inhumano? ¿Y que más queda para oponer resistencia que la deuda que el alma

contrajo con la indeterminación miserable de su origen, del cual no cesa de nacer; es decir, con lo otro inhumano? Esa es la deuda que tenemos con la infancia y que no está saldada. Pero alcanza no olvidar para resistir y, quizás, para no ser injustos. Esta es la tarea de la escritura, del pensamiento, de la literatura, de las artes, aventurarse a brindar testimonio. (p. 7)

Alcanza con no olvidar la deuda con la infancia para no ser injustos. ¿Alcanza con no olvidar la deuda con la infancia para no ser injustos? No lo sabemos. Pero en tiempos en los que afloran los discursos sobre la educación de la infancia, incluso en nombre de la filosofía, quizás una tarea política interesante para el pensamiento consista en recordar que no hay por qué ni cómo terminar con la infancia. Esta es indestructible y nos constituye como señal de nuestra condición indeterminada. Recordarla en la escritura, en el arte, en la educación constituye una fuerza, un estilo, una forma política de testimonio.

La escritura, como la filosofía y la infancia, es una especie de sobreviviente, una entidad que debería estar muerta pero que *aún* está viva (Lyotard, 1997, p. 63). Como sobrevivientes, la escritura y la infancia son también una esperanza: “El acontecimiento de una alteración radical posible en el flujo que empuja las cosas a repetir lo mismo” (p. 62). La infancia nombra algo que “ya es”, pero sin ser todavía “algo”; una especie de espanto que introduce en el mundo de lo humano una forma de lo inhumano que aún no puede ser identificada. La infancia es el nombre de un milagro o de la interrupción del ser de las cosas por la entrada de su otro ser, del otro del ser.

Deuda, esperanza, milagro, la infancia es una forma de tiempo sensible: “La capacidad de sentir placer y dolor, afectividad, *aisthesis*, es independiente de su posible articulación. [...] Este tiempo antes del logos es llamado *infantia*” (p. 109). Voz extranjera antes de la palabra, tiempo sin logos, tiempo afectivo, sentido. Otra vez la infancia llama a la filosofía (*philo-sophía, philos*): afecto, pasión, amistad. La filosofía es –como

1. N. de la T.: Traducción de E. Lynch. La traducción corresponde a las p. 115 de: Lyotard, J.-F. (1995). *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1986).

2. Para un estudio más detallado de la concepción de infancia en Lyotard, sugiero ver: Smeyers y Masschelein (2000/2012); Fry (2014) y, particularmente, Locke (2012), quien desarrolla –en los tres sentidos presentados aquí– la forma compleja en la que Lyotard trabaja el concepto de infancia.

la infancia— un tiempo sensible, antes del logos, antes del tiempo. *Antes* no significa tiempo pasado, sino tiempo primero, inicial, inaugural, una condición.

La privación de la infancia es el totalitarismo de lo humano, o un retorno de lo humano al inhumano. No hay vida tan solo en la infancia, pero tampoco hay vida sin infancia. Nuevamente, la paradoja, el enigma, lo imposible. En esa exigencia ineludible de la presencia de una ausencia se encuentran otra vez la infancia y la filosofía. Esos dos imposibles necesarios para que existan vida y muerte, para que una vida sea vivible para un ser humano. He aquí la tarea política de la escritura, del arte, de la educación, de la filosofía: recordarnos que somos infancia y los riesgos de las pretensiones de borrarla.

REFERENCIAS

- Cixous, H. y Derrida, J. (2019). On deconstruction and childhood. *The Oxford Literary Review*, 41(2), 149-159.
- Derrida, J. (2000). La pharmacie de Platon. En L. Brisson (trad.), *Platon: Phèdre* (pp. 255-403). París: GF-Flammarion. (Trabajo original publicado en 1968).
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (1997). *Anne Dufourmantelle invite Jacques Derrida à répondre: De l'hospitalité*. París: Calmann-Lévy.
- Fry, K. (2014). Lyotard and the philosopher child. *Childhood & Philosophy*, 10(20), 233-246.
- Kohan, W. O. (2015). Visões de filosofia: Infância. *Alea: Estudos Neolatinos*, 17(2), 216-226.
- Liddel, H. G. y Scott, R. (1996). *Greek-English lexicon*. Oxford: Clarendon. (Trabajo original publicado en 1843).
- Locke, K. (2012). Lyotard's infancy: A debt that persists. *Postmodern Culture*, 23(1). Disponible en: <http://www.pomoculture.org/2015/07/07/lyotards-infancy-a-debt-that-persists/>
- Lyotard, J-F. (1991). *The inhuman: Reflections on time* (G. Bennington y R. Bowlby, trad.). Stanford: Stanford University Press. (Trabajo original publicado en 1988).
- Lyotard, J-F. (1997). *Lecturas de infancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lyotard, J-F. (2005). *Le postmoderne expliqué aux enfants*. París: Galilée. (Trabajo original publicado en 1986).
- Lyotard, J-F. (2006). The affect-phrase. En K. Crome y J. Williams (ed.), *The Lyotard reader and guide*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Lyotard, J-F. (2012). *Pourquoi philosopher?* París: PUF. (Trabajo original publicado en 1964).
- Platón (trad. en 2001). *Diálogos: Teeteto – Crátilo*, vol. 9 (C. A. Nunes, trad.). Belén: UFFA. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Platón (trad. en 2011). Fedro. En C. A. Nunes (trad.), *Diálogos de Platão* (vol. 3). Belém: UFFA. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Platón (trad. en 2016). Górgias. En E. Bini (trad.), *Diálogos 2: Górgias; Eutidemo; Hipias Maior; Hipias Menor*. San Pablo: Edipro. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Platón (trad. en 2019). Críton (o Do dever). En E. Bini (trad.), *Diálogos socráticos* (vol. 3). San Pablo: Edipro. (Obra original del siglo IV a. C.).
- Smeyers, P. y Masschelein, J. (2012). L'enfance, education and the politics of meaning. En P. A. Dhillon y P. Standish (ed.), *Lyotard: Just education* (pp. 140-156). Londres: Routledge. (Trabajo original publicado en 2000).

Calibán -
RLP, 19(1-2),
215-219
2021

»

Mauro Vallejo*

Flores, ángeles y marionetas: El niño como misterio dúctil en el pensamiento de Freud

Hace apenas unas semanas circuló por las redes un pequeño video en blanco y negro que al parecer capturaba un breve instante de la vida cotidiana o familiar de Sigmund Freud. La escena, de apenas unos veinte segundos, transcurre en una suerte de jardín o paseo. Una mujer tiene en sus brazos una niña pequeña, claramente de menos de un año de edad. A su lado está el creador del psicoanálisis. La imagen no es clara, pero Freud parece tener algo en su mano izquierda. La mujer, deseosa de atraer la atención de la criatura, jala de ese objeto, arrastrando hacia sí la mano del psicoanalista (que opone cierta resistencia a ese gesto que lo transforma en un autómatas). En el mismo momento otro hombre chasquea los dedos cerca del rostro de la niña, intentando también captar su interés. Otras cinco personas, en semicírculo, miran embelesadas los movimientos esquivos de la pequeña. De pronto, con una agilidad apabullante y con rápidas zancadas, un avejentado Freud se retira del cuadro y

reaparece con una flor en la mano. La aproxima al rostro de la niña, que intenta tocarla con sus dedos.

Este artículo retoma de algún modo la constelación de objetos que componen esa escena dudosa. Se trata del interrogante por la naturaleza del niño en el pensamiento freudiano en su fase inicial. Seamos más precisos: lo que está en juego no es tanto la naturaleza de eso que llamamos niño, sino más bien su emplazamiento cambiante en un discurso, su redistribución táctica. Algo así como su *ontología oscilante*. En aras de reflexionar a propósito de esa localización vacilante, hemos de echar mano de algunas figuras que vertebran aquella película doméstica: cuerpos que parecen marionetas (y marionetas que emulan cuerpos), objetos seductores y miradas, miradas por doquier. Tanto se ha insistido en que ante los ojos de Freud la mujer no dejó de ser jamás un enigma infranqueable que se ha pasado por alto el *misterio dúctil* que el niño siempre significó para esa misma mirada.

* Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.